

ALC^K

AGIRRE LEHENDAKARIA CENTER
for Social and Political Studies



ETORKIZUNeko LIDERRAK PRESTAKUNTZA PROGRAMA 2019/2020
PROGRAMA FORMATIVO LÍDERES DEL FUTURO 2019/2020

IZENBURUA: CUÉNTAME UN SECRETO: EL DESARROLLO SOSTENIBLE
EGILEA: GIN (RAÚL) GARCÍA MARTÍN

Cuéntame un secreto: el desarrollo sostenible

No es suficiente. Nos paramos y miramos hacia atrás. No es suficiente. Seguimos andando y miramos hacia el futuro. No es suficiente.

Aunque el País Vasco sea una región avanzada en muchos aspectos, en el eje del desarrollo sostenible se sigue quedando atrás. El desarrollo sostenible implica la disposición de una sociedad basada en valores, que se enfrenta a los serios problemas y retos presentados por el planeta y la propia humanidad desde la unión, la razón y la vista al futuro.

Y esto todavía es un sueño. La brecha existente entre la ciudadanía, mejor representada por colectivos y movimientos, y sus representantes es interminable. Los intereses divergen, las prioridades se solapan, las ideas chocan. Tenemos distintos modelos en mente en lo que respecta al desarrollo sostenible. Porque desarrollo no se define como crecimiento económico. La economía es una teoría, el mundo real son recursos y personas, y es nuestro deber contribuir a la correcta distribución de esas materias primas, respetando siempre los derechos intrínsecos e inalienables de los que goza cada ser humano, ecosistema y animal.

Capitalismo y soberanía

“Somos lo que comemos”. Cierta razón tiene, pues nuestras elecciones a la hora de comprar y consumir definen muy bien nuestra identidad.

¿Ya nos preocupamos por saber de dónde viene, cómo se ha producido o a quién enriquece lo que compramos? ¿Llevamos una dieta de consumo saludable y sostenible?

Deberíamos. Es responsabilidad de cada individuo ser consciente de las decisiones que toma, y el impacto que esas generan. El consumo, al igual que el no consumo, de ciertos productos, aplicado a una escala comunitaria, define qué es lo que se producirá. Es la ley de oferta y demanda, en la que la oferta debería tener el poder. Sin embargo, no es así, pues la “demanda” es capaz de incentivar ciertas ofertas que sean producentes para ella. Para ello emplean un bombardeo infinito de campañas publicitarias que ya hasta vemos como una forma de entretenimiento, aunque sean completamente invasivas y nadie haya firmado su consentimiento para ello.

Es vergonzoso que la publicidad intrusiva se cuele en nuestras casas, y que lo permitamos. La forma de alcanzar un mercado libre consiste en que las personas tengan precisamente esa libertad de elegir qué quieren, y de elegir si quieren o no “sugerencias”.

La regulación de la publicidad es estricta en cuanto a contenido (no siempre acertada, pues la eliminación consensuada de información es sinónimo de mentir), pero terriblemente laxa con respecto al control de su expansión. Todo está monetizado, los ayuntamientos son capaces de vender su alma a cambio de dinero, y permiten que empresas “anti-éticas” se anuncien en sus paredes y eventos, ayudándoles a ensalzar ese lado bueno y empático que nunca han tenido.

Un claro ejemplo son ciertas empresas energéticas, originarias del País Vasco, que tratan de dar una imagen de “verdes” y renovables, cuando ese es un porcentaje ínfimo y la realidad es que las toneladas y toneladas de energía que generan son de un color negro como el carbón, no solo por la forma contaminante de producirla, sino por las manos por las que pasa.

El Gobierno Vasco debería impulsar las cooperativas energéticas que no solo se comprometen a ser renovables, sino que lo cumplen. Diminutas figuras que derrotan a gigantes, y proveen energía para iluminar hogares, y la estrella de David.

Una transición a las emisiones de CO2 netas desde y hacia la igualdad, promoviendo no solo la descarbonización, sino la desprivatización del gobierno y ante todo, concienciando de que no podemos seguir gastando tantísima energía. Generar energía

limpia no es la solución. Si perdemos por el camino la importancia de reducir el consumo macro- y microenergético, el panorama seguirá siendo insostenible.

Además, se debe implementar una normativa que no solo evite las mentiras en la publicidad, sino también las verdades a medias. Campañas de concienciación para convertirnos en personas más críticas frente a estas entidades, y más guías para encontrar comercios sostenibles y comprometidos con la sociedad, aunque no le paguen tanto al gobierno como las grandes empresas.

Volviendo al eje de la soberanía alimentaria, es un claro ejemplo de las consecuencias de nuestras acciones. Comer carne, huevos o tomar leche implica una producción animal inherente. Y, desgraciadamente, en la mayor parte de los casos, masificada, inhumana, y altamente contaminante. De ahí radica la gran importancia de las etiquetas. No para ponérselas entre personas, sino para cuestionar e informar a la persona compradora. El Gobierno Vasco no solo debe generar más etiquetas, más sellos que muestren que no ha habido crueldad animal, que es un producto de proximidad... No. Lo que deben hacer es directamente promover esas acciones con incentivos y ayudas. Sacar a flote estos pequeños comercios que se enfrentan con valentía a la oscura masa de la macroindustria cárnica. Promoviendo mercados locales, cooperativas... ayudando así directamente a las personas agricultoras.

Dicho esto, está en nuestras manos elegir dónde y qué compramos. El Gobierno Vasco debe asegurar que la elección recaiga en nuestra persona, no en nuestros bolsillos, haciendo que las malas prácticas de consumo sean tan caras como le resultan al planeta, y premiando aquellas que promueven valores, sostenibilidad, proximidad, economía circular...

Es nuestro deber exigir que este derecho se cumpla.

Igualdad

La igualdad de género, de no género, de oportunidades, de recursos, de materiales...

En resumen, igualdad. Ese derecho que se reserva para el plano teórico, pues en la práctica las brechas de la desigualdad son cada vez mayores.

Las políticas de regulación de igualdad de género son ineficientes, no nos basta con vuestros puntos morados, queremos acción. Y si no la vais a tomar, las mujeres lo haremos. El feminismo aboga la igualdad, entre hombres, mujeres y personas no binarias; entre etnias, entre orígenes y entre religiones. Es mucho más que un día internacional, es una forma de vida de la que todas debemos beber. Desgraciadamente, siguen muy presentes en la sociedad los roles que cada individuo debe desarrollar, en base a su sexo (no a su género, o falta de género, sentido) y a su origen.

Es deber del Gobierno asegurar la igualdad de oportunidades, y en el ámbito académico hay una clara hipocresía. Primero, las universidades públicas no son gratuitas, y segundo, la muchas veces obligada ampliación de la carrera que no todo el mundo se puede permitir. En resumen, no es una educación libre ni gratuita.

A su vez, la policía debe tratar por igual a todo el mundo, pero sigue mostrando los prejuicios y la estigmatización con la que se erige, promoviendo la violencia que deberían estar prohibiendo. Debemos incluir en la formación de los agentes estudios de igualdad y de medio ambiente, de forma obligatoria.

En cuanto a la identidad de género, se cometen infinitas atrocidades. Es un derecho poder elegir el género, y nadie puede obligarnos a elegir entre dos extremos basados en una teoría sexista. Que exista la tercera casilla. Que se dejen de "sexificar" los datos cuando se tratan como datos de género. No es lo mismo ser mujer o ser del sexo femenino. Hablemos con claridad, pero para ello se necesita un lenguaje justo e inclusivo. El lenguaje nos sirve para comunicarnos, pero también condiciona la forma en la que pensamos. Por ello, se debe favorecer el uso del lenguaje inclusivo en todos los ámbitos, desde educativos a comunicativos. Porque "todes somos parte de esta sociedad, y todes merecemos que se nos reconozca".

A su vez, todas las personas merecemos una vida digna, una vivienda, una bienvenida. La realidad es bien distinta, con las políticas de inmigración excluyentes, utilitaristas y clasistas. La realidad se conoce, pero se deja abandonada en las calles para que duerma a la intemperie.

No es discutible, todas las personas tenemos derecho a vivir dignamente. Y eso es algo que sí está en la mano del Gobierno Vasco, pero no lo hace. ¿Por qué?

Principio de solidaridad

Se habla de aplicar los valores del desarrollo sostenible al País Vasco, pero este concepto carece de significado en el mundo globalizado en el que vivimos. Habrá muchas sociedades y culturas, pero planeta solo hay uno, y en él, “todes somos personas”.

Un verdadero desarrollo sostenible se basa en el lema “piensa global, actúa local”. Toda esta transición se debe hacer a vistas de un futuro mejor, y compartido, en el que las fronteras políticas se reserven a sus creadores.

El desarrollo sostenible no se puede lograr de manera puntual. Es un esfuerzo que se debe hacer a nivel mundial, de ahí la importancia de establecer lazos internacionales, motivar y presionar si es necesario, así como dar ejemplo.

El País Vasco debe ser ejemplo para que las sociedades emergentes lo sigan. Al contrario que ellas, aquí ya contamos con los recursos, solo que están mal distribuidos, y se hace un mal uso de ellos.

El hambre en el mundo existe porque lo permitimos. Producimos alimento más que suficiente para todo el planeta (aunque podría ser mejor, pues la industria cárnica daña tanto extensión, como cantidad de recursos y tiempo, pero, ante todo, la moral). El problema es que en los países desarrollados tiramos más de un tercio de esta comida.

El Gobierno Vasco debe prohibir a los supermercados y comercios que tiren comida en buen estado solo porque no sea una esfera perfecta, que, por cierto, no existen en la realidad. A su vez, debe realizar campañas para la redistribución de estos alimentos, no solo a comedores sociales dentro del País Vasco, sino de financiación para países subdesarrollados.

Pensaréis que esto es pedir mucho, pero hay dinero, no, recursos más que suficientes para lograr todo ello y más. El problema es que no se destinan al bien de todas las personas, sino al enriquecimiento de una minoría.

El principio de solidaridad nos aúna, no solo en temas de alimentación, sino también de pobreza, entre ellas la energética, y de justicia.

El principio de una transición debe ser la empatía, la solidaridad, de buena fe, no para promocionar una cabeza sin cuello.

Participación ciudadana

El 25 de septiembre de 2015 la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó por unanimidad la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Este es un plan de acción universal, integral y transformador orientado a favorecer el desarrollo humano con un carácter sostenible en el ámbito social, económico y del medio ambiente.

Los Objetivos de Desarrollo Sostenible no nos dicen lo que tenemos que hacer, sino que definen un contexto que ayuda a mejorar nuestras políticas públicas y a fijar prioridades teniendo en cuenta la realidad territorial propia.

Un craso error ha sido trasladar los objetivos de la agenda a territorios y municipios: solo al poder político, dejando fuera a la ciudadanía, tanto en la toma de decisiones como en las acciones. Y ese en sí es uno de los puntos principales del desarrollo sostenible: una sociedad informada, que tenga derecho a ejercer ese poder ligado al conocimiento y participar directamente en las políticas que les incumben a ellas como personas. Una sociedad por y para la ciudadanía.

Es nuestro deber caminar hacia esa sociedad. Partamos de votos más críticos, partamos de representantes que representen algo más que sus intereses. La participación ciudadana debe ser directa, no malversada. El Gobierno Vasco debe establecer instituciones que permitan dicha acción. Debe ser transparente con todas sus transacciones, y asegurarse de que la ciudadanía tenga acceso a toda es información. No hay ningún motivo para ocultar los resultados, cuando se ha trabajado de manera ética y moralmente correcta...

Que nuestras voces no solo cobren fuerza, sino un poder de decisión directo. ¿Lo escuchas? Es el viento del cambio.

Conclusión

El desarrollo sostenible no es compaginable con un sistema alienado que arrancó de cuajo sus raíces con la humanidad. Nuestras preocupaciones bien fundamentadas para el futuro son tratadas como una simple inversión más. Queremos producir resultados, en masa, pero eso solo demuestra que no entendemos de dónde viene el problema. El problema no son las diferencias, ni étnicas, ni de identidad sexual, ni filosóficas. No.

El problema es la falta de comprensión, la pérdida de ese atisbo de lo que llamamos humanidad, de aquello que nos une. El material que claramente compartimos es solo uno, es este planeta, que es más que un pedazo de tierra: es el florecer de millones de vidas, que interactúan y prosperan en miles de ecosistemas. Seres humanos, vegetales, animales, microorganismos... Todas estas vidas forman parte del macroecosistema del planeta.

Como seres humanos, gozamos de una consciencia (y también deberíamos gozar de conciencia). Esta nos permite crear: creamos emociones, vínculos, estilos de vida, relaciones... En resumen, redes, sociedades. Pero esta capacidad de crear es la que muchas veces nos lleva a querer destruir lo que otras personas crean, bien del verbo "crear" o del verbo "creer". Y así nace una de las faltas más antagónicas de la humanidad: la falta de empatía, consecuencia de guerras, y de la prolongación de las diferencias sociales.

Cómplice no es aquel que efectúa, sino aquel que permite que se efectúe. El efecto espectador es un concepto empleado en psicología para definir cómo, cuantas más personas hay capaces de solucionar un problema, más se diluye la responsabilidad, y al final nadie acaba pasando a la acción. Hemos cedido nuestro poder a unas personas que se hacen llamar "representantes". Es nuestra decisión que ese poder pase a descansar en buenas manos.

Por otro lado, tenemos miles de movimientos que luchan cada día por sus causas. En realidad, es más correcto decir "su causa", puesto que todas ellas están tan interrelacionadas que sería equívoco desglosarlas de ese único término. Luchamos por una sociedad justa para todas las personas, no para unas pocas. Luchamos por una vida digna: pasada, presente y sobre todo, futura. Una lucha desde la empatía, estando esta basada en el "desdesconocimiento", en la cultura y en la comprensión desde el plural de la primera persona.

Movimiento feminista, LGTBIQ+, contra la precariedad juvenil, ecologistas, pensionistas... He tenido el placer de estar en contacto con todos ellos, y es

sorprendente la luz que desprenden sus integrantes. Se nota que viven para lo que hacen. Se atisba en la sonrisa con lo que lo hacen. Se prolonga en las personas a las que inspiran.

El desarrollo sostenible no es más que el paso a la acción, la transición a una postura activa frente a las injusticias de la sociedad, empleando el espíritu crítico y la denuncia para dirigir nuestros recursos, limitados, hacia quienes realmente los necesitan, a esas manos que les den forma y los conviertan en algo más que objetos inanimados.

Una sociedad de valores en la que el desarrollo científico, tecnológico, cultural y social esté ligado al conocimiento puro y a los verdaderos problemas, no a la industria masificada, culto del placer material y el olvido de la realidad tangible.

Cuando logremos formar parte de una sociedad consciente y activa, estaremos en el buen camino delimitado por el concepto de “desarrollo sostenible”.

Y para ello, no nos sirven papeles mojados y palabras diluidas. Nos sirven acciones, contundentes, no meras fachadas propagandísticas. El orgullo no lleva a ninguna parte, y si alguien cree que la reputación se mantiene así, está muy “equivocado”. “Todes somos personas”, todas formamos parte de algo y todos podemos entendernos, solo hay que dar ese paso a la **acción**.

Al fin y al cabo, es eso lo que define la palabra “activista”, quién actúa. Este es el momento de levantarnos y actuar. Salimos de una situación vertiginosa, para caer de cabeza en la siguiente. No podemos permitir que siga habiendo tantas desigualdades, que se siga tolerando la inacción frente a colectivos vulnerables, y que no se acaten los problemas climáticos y sociales inminentes que ponen en peligro la existencia en sí de la humanidad. No. Basta ya. No lo vamos a permitir.

¿Cómo? Actuando.

¿Cuándo? Aquí y ahora: desde casa, mediante la participación en las infinitas campañas de concienciación que se lanzan en las redes sociales, saliendo a la calle y exigiendo esta acción... Siempre exponiendo los motivos, porque la verdad no se puede desmentir. En resumen, dando el pequeño gran paso y convirtiéndonos en activistas.

Este es un camino por el que millones de personas están caminando ya, no tengas miedo, no vas a estar “solo”. Busca, infórmate, elige un movimiento con el que te sientas más afín, atrévete, háblales, ve con “un amigo” si es necesario pero no te quedes con las ganas, únete, aprende sobre la realidad social de su mano y de la de otros movimientos, cambia, como persona, y ayuda a cambiar la sociedad.

Así al Gobierno Vasco lo único que le pido es que escuche a la gente, a los movimientos, porque escuchar significa entender, y una vez que entienda el problema, será su propia voluntad volcarse en solucionarlo.